

Para matarte mejor

A. K. Benedict

Para
matarte
mejor

Traducción de Gemma Deza



Duomo ediciones

Barcelona, 2026

A Verity Rose Red

*En homenaje a Angela Carter,
y a todas las hadas madrinas*

*«Pero Caperucita Roja solamente pensó:
“Mientras viva, nunca me retiraré del sendero
para internarme en el bosque”».*
Hermanos Grimm

Prólogo

El villano

Queridísimo lector y queridísima lectora:
Érase una vez, más o menos en el momento presente, en que alguien iba a morir. En el corazón del bosque, un ser humano estaba a punto de conocer su triste final. Pero eso ya lo sabías, ¿a que sí? En la cubierta de este libro pone «Para matarte mejor...» y has pagado para leerlo (o eso espero). Afrontémoslo: eres un sicario literario. Y, en parte, también eres culpable de lo que está a punto de suceder.

Pero no tanto como la escritora.

Los escritores, como los gatos, asesinan a miles de personas cada año y se van de rositas. Dejan en su estela cadáveres, migas de pan y pistas falsas para que los lectores las recopilen y, pese a ello, nada puede detenerlos. Precisamente por eso yo he encerrado a una escritora y he tirado la llave. Por supuesto, si de verdad de verdad te gusta leer, serás capaz de resolver este crimen y salvar a las víctimas. Darles un final de cuento de hadas.

Pero, para ello, debes internarte en el bosque. Y llevar tu propia cesta. Yo estaré esperando. Te estaré esperando a ti.

PRIMERA PARTE

Más allá de los árboles,
tras el bosque



Capítulo uno

La escritora

Cuando la escritora se despertó, deseó no haberlo hecho. Le dolía todo. Notaba punzadas en la cabeza y un molesto zumbido en los oídos. Katie estaba tumbada a oscuras, en una cama tan blanda y punzante como las palabras de su abuela. Una cama que no era la suya.

Sintió pánico. «¿Dónde estoy?». Lo único que veía era la profunda oscuridad en la que se ocultaban los monstruos. La negritud la asustaba más todavía que las páginas en blanco. Incluso entonces, con más de cuarenta años, seguía encendiendo la lamparita de arcoíris de su infancia que tenía en la mesita de noche y que ahuyentaba las pesadillas que la habían acechado desde que nació. Tenía que encontrar una luz. Al apoyar la mano para incorporarse notó un dolor agudo, punzante, en la palma. Era paja que sobresalía de las finas sábanas. Su cama era una paca de heno cubierta con una sábana.

Al poner los pies descalzos en el suelo, notó fríos los azulejos. Se abrazó fuerte para entrar en calor, pero se quedó helada al darse cuenta de que no llevaba puesto el vestido de la noche anterior, sino un pijama que no era suyo y que le iba grande.

Tenía la sensación de que le habían arrancado el corazón del pecho y se lo habían reemplazado con preguntas incisivas. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Quién la había desnudado?

Se llevó la mano al cuello. Su relicario con forma de libro y su valioso contenido seguían colgando de su collar. Quienquiera que la hubiera arrastrado a aquella habitación le había dejado eso al menos. Intentó recomponer los recuerdos fragmentados de la noche anterior, en que había salido de fiesta. Un cóctel de color rojo sangre en un bar con iluminación azulada. Recordó que se había emborrachado muy rápido, la sobrecarga sensorial e irse de allí sola. Caminar a casa junto al río cubierto de hojas. Hacer un alto en un banco para beber de su botella de agua. Un saco envolviéndole la cabeza. Respirar dentro de la arpillera. El olor asfixiante a pino, humo de leña y manzanas. Un trayecto en coche por curvas y más curvas.

—¿Hola?

La voz quebrada de Katie reverberó, menguando con cada eco. Con las manos hacia delante, avanzó a tientas. Le pareció que pasaba una eternidad hasta encontrar una pared, y luego otra hasta dar con un interruptor de la luz.

Pestañeó mientras sus pupilas se adaptaban a la luz. Vio un techo inclinado sobre su cabeza. Una estantería con libros de tapa blanda. El papel pintado de rosas rojas espinosas en las paredes. Cajoneras de madera oscura. Un diminuto aseo que en su día pudo ser un vestidor. Una ventana con la persiana bajada y, ante ella, un triste escritorio y una silla. Una máquina de escribir sobre la mesa y, al lado, un montón de folios en blanco.

Fue corriendo hacia la puerta, forcejeó con la manija, pero estaba cerrada con llave y ni siquiera temblaba en sus bisagras. A la altura de sus ojos había una pequeña rejilla, cerrada. Había visto ventanillos así en películas que servían a carceleros gruñones para vigilar a los internos.

Se apartó y fue corriendo a levantar la persiana. La luz del atardecer se filtró a través de los barrotes y tiñó la estancia de color sepia. Lo único que veía eran copas de árboles, algunas completamente vestidas, otras a medio camino de convertirse en su parodia otoñal. En la distancia, un penacho de humo ascendía de una

chimenea roja enroscándose como una serpiente. Pero ese era el único rastro de vida humana.

—¡Socorro! —gritó a través de una pequeña grieta en el panel. Los árboles ni siquiera se ondularon en respuesta—. ¿Me oye alguien?

Una urraca que pasaba por allí se llevó sus palabras.

Estaba en una cárcel en un desván. Atrapada.

Su pulso activó rápidamente la alarma y Katie notó la garra de un ataque de pánico estrangulándola. Tenía que serenarse. Acceder a su cabeza de escritora, la que tramaba giros inesperados en las vidas que creaba. Nabokov aconsejaba a los escritores subir a los personajes a un árbol y tirarles piedras. A Katie le encantaba sacar a sus protagonistas de las situaciones terribles en las que los había metido. Si ella estuviera en su piel, tendría que hallar una manera de bajar, esquivando los proyectiles. Y eso es lo que iba a hacer.

Inclinó la cabeza y, apretujando la cara entre los barrotes con la pintura desconchada, logró divisar el suelo. Una caída abrupta de varias plantas de altura, a un agua que resplandecía como un espejo deformante en una casa de los espejos. Unos adoquines que zigzagueaban por un foso y se perdían en unos árboles infinitos.

A menos que hubiera caído inconsciente, el trayecto lleno de curvas en coche había sido corto, de manera que probablemente se hallara en el parque nacional de New Forest. Y como no se la habían llevado demasiado lejos, quizá la encontrarían. El humo sugería la presencia de una casa en las proximidades; si lograba escapar, podría ir corriendo hasta allí. Buscar refugio.

Eso si conseguía salir de la casa. «Si». Qué palabra tan pequeña y cuánto peso acarrea.

Su secuestrador lo había preparado todo, los barrotes de la ventana, el cerrojo en la puerta... Ya no era ella quien escribía la historia. Lo hacía él.

Regresó a la puerta y gritó:

—Esto es un secuestro y una detención ilegal. Esto es una cadena perpetua.

Había escrito su último libro desde la perspectiva de un secuestrador y un asesino, de manera que conocía las leyes al respecto. Más o menos. «Pero —le dijo su cerebro de escritora— ¿qué pasa si indicarle a quien te tiene cautiva la gravedad del delito hace que, en lugar de liberarte, te mate?».

—Deje que me vaya —gritó Katie otra vez, con la voz rota— y todo esto habrá acabado. Puede vendarme los ojos para que no vea nada. Le prometo que no se lo contaré a nadie. —La típica mentira de persona desesperada que nadie se creía—. Me echarán de menos. La policía vendrá pronto. Podríamos tramarnos juntos una historia acerca de mi desaparición.

No hubo respuesta. Pero sí que había alguien fuera de la vista, escuchando. Estaba segura. El silencio que devolvieron sus palabras fue como una carcajada. Si su captor conocía su rutina lo bastante bien para raptarla, también sabría que solo sus gatos —Carter, Cattwood y Jackson— notarían su ausencia. Sintió el pecho oprimido al imaginárselos merodeando por casa, llamándola. Al menos tenían un dispensador automático de comida programado (porque Jackson era un ladronzuelo), que se abría tres veces al día hasta que el saco se acababa. Tenían pienso para más de una semana, una fuente felina de agua y una gatera abierta. Si no regresaba, encontrarían nuevos hogares. Se los imaginó enroscándose como comillas en el regazo de alguna desconocida y sintió una punzada de dolor en el estómago.

Pasarían semanas antes de que alguien notara su ausencia. Los novelistas eran seres solitarios que se pasaban gran parte de la vida enrollados en una manta, cual burritos literarios, y solo se reunían de vez en cuando para beber y despotricar de los editores. Anoche había sido uno de esos días, había quedado con otros escritores de la costa sur para su encuentro anual de karaoke y cócteles. Sin festivales de novela negra a la vista hasta la primavera, con una familia a la que le importaba un comino y con su

horrible costumbre de no enviar mensajes, tal vez no la echarían de menos hasta que se saltara la fecha de entrega de su siguiente libro, a finales de enero, sobre todo porque su vecina de al lado se había tomado un año sabático para viajar y tampoco notaría que Katie no había sacado los cubos de la basura.

El miedo le comprimó los pulmones. No acudiría ningún caballero con armadura resplandeciente a salvarla. «No pasa nada —se dijo—. Volvamos a la trama. La única persona que puede rescatarme soy yo misma».

Una corriente de aire le rozó los tobillos, sibilante. Al descender la mirada, divisó una gatera en la puerta, una posible salida.

Sintió un destello de esperanza. Se puso a cuatro patas y examinó el portillo. Estaba bien atornillado en su sitio y, aunque pudiera quitarlo, no cabía nada más grande que un brazo. Lo levantó y se asomó al pasillo. Una polvorienta bombilla alumbraba tablores de madera pintados de blanco y un papel con estampado de hiedras que se extendían hasta el techo, como si la maleza estuviera devorando la casa por dentro. Al otro lado, una puerta con una rejilla y una gatera idénticas tal vez condujera a una habitación en el desván gemela a la de Katie. Tenía a su alcance un cuenco resquebrajado que contenía un sobre y una manzana roja tan lustrosa que parecía de caramelo. Había leído suficientes cuentos de hadas como para saber que no debía comérsela.

El sobre no estaba sellado y, al pasarlo por la gatera, se le ocurrió que la persona que la había secuestrado no querría dejar rastos de ADN. Extrajo una carta doblada escrita en un elegante papel, un papel vitela amarillo, liso y grueso. El tipo de papel que Katie compraría y dejaría en el cajón del material con la intención de escribir cartas bonitas e ingeniosas sin llegar a hacerlo nunca.

Contenía un poema escrito en tinta carmesí que dibujaba un círculo.

*Hoy te retengo contra tu voluntad,
 para que aprendas que tus palabras pueden matar.
 Siéntate y escíbeme crímenes cruentos,
 crea versiones atroces de cuentos.
 En entornos modernos, con sorpresas imprevistas,
 tanto para los héroes como para los antagonistas.
 Yo haré reales tus invenciones,
 fantasías que causen defunciones.
 Derrama la sangre de Blancanieves,
 con un Grimm que en la sombra se mueve.
 Descuartiza al Enano Saltarín sin temor,
 degusta su piel con espanto y rencor.
 O descuartiza a los osos de Ricitos de Oro.
 Elige su muerte... o tu deceso pronto.*

Katie lo leyó varias veces, intentando aferrarse a las palabras para contener la ola de pánico que se erguía en su interior. Su secuestrador le pedía que escribiera cuentos de hadas con asesinatos para hacerlos realidad. Había matado a muchas personas en sus páginas, pero nunca se le había pasado por la cabeza que esa tinta pudiera transformarse en sangre.

Un sollozo procedente del otro lado del rellano se coló por debajo de la puerta.

Con el corazón latiéndole por la esperanza, Katie abrió la gatera otra vez y acercó la cara.

—¡Hola! —gritó—. ¿Me oyes?

El llanto fue reemplazado por el ruido de unos pasos apresurados, y la otra gatera se abrió enseguida.

—¡Calla! —le dijo una mujer susurrando a través de la trampilla.

Katie intentó bajar el volumen, pero al saber que no estaba sola sintió ganas de gritar de alivio.

—Hablaré en voz baja, lo prometo. Soy Katie. ¿Tú quién eres?

—El Lobo me dijo que no hablara contigo.

—¿«El Lobo»? ¿Así se hace llamar? —Katie se estremeció.
¿Qué clase de hombre era tan megalómano y tan pagado de sí mismo como para autodenominarse así? ¿Un *incel*, tal vez, incapaz de conseguir una novia sin encarcelarla? ¿De qué más sería capaz?

—Soy yo quien lo llama así. Ya entenderás por qué. No me ha dicho su nombre.

—¿Cuántas somos? —Katie imaginó una casa de muñecas llena de mujeres cautivas.

—Estaba solo yo, hasta que te ha secuestrado a ti.

—¿Y qué quiere de nosotras? —La voz inflamada de miedo de Katie reverberó en el descansillo.

—¡Calla! —chistó la mujer.

La gatera se cerró.

—Lo siento —susurró Katie—. Por favor, vuelve. No entiendo nada de lo que pasa.

La gatera se abrió un poquito.

—Tienes que decidir si quieres hacer lo que te pide —le musitó la mujer—. Yo no lo hice, por eso fue a por ti.

—¿Y qué pasó cuando te negaste?

—Esto. —Asomó una mano amoratada y ensangrentada por la trampilla—. Está decidiendo cómo matarme. —Se le quebró la voz al decir «matarme»—. Y ahora déjame en paz. Lo único que quiero es dormir. —Con una inspiración de dolor, retiró la mano y se alejó hasta que su tenue sollozo dejó de oírse.

De nuevo sola, a Katie le latía con fuerza el corazón mientras leía una vez más el verso del secuestrador.

«Elige su muerte... o tu deceso pronto».

La vida de alguien estaba en sus manos, mientras que la suya propia estaba en el puño del secuestrador. Y mira lo que le había hecho a la otra mujer.

Sentada al escritorio, Katie apoyó sus dedos temblorosos en las teclas de la máquina de escribir. Una idea inspirada en Cienfuegos empezaba a cristalizar en su mente, pero no era capaz de

pulsar las teclas. Una mente retorcida tejería sus palabras en una muerte concreta. ¿Cómo podía escribir, sabiendo que su historia se haría realidad?

Mientras contemplaba los árboles al otro lado de la ventana, percibió movimiento abajo. Una larga forma gris emergió entre el follaje. Lentamente, se aproximó al foso, hasta estar lo bastante cerca como para que Katie entendiera lo que estaba viendo.

Se le heló el cuerpo al ver a un hombre alto con una gran máscara de un lobo levantando la cabeza hacia su ventana. Con su pálida mano le hizo un ademán de escribir en el aire y luego reclinó su cabeza peluda y se pasó un dedo por el cuello haciendo el gesto de cortárselo. Katie notó el sabor de la bilis en la garganta. El mensaje del Lobo estaba claro: escribe o muere.

Katie volvió a sentarse frente a la máquina de escribir, con una historia cuajándose. Cerró los ojos muy fuerte y pidió un deseo: que alguien la rescatara, que la salvaran. Rezó por que fuera suficiente. Presionando con los dedos en las rígidas teclas, tomó su decisión.

Salvarse. Vivir. Y condenar a una mujer a la muerte.